

# LA DERECHIZACIÓN DE LAS UTOPIÁS: GUSH EMUNIM

JOSEPH HODARA  
*El Colegio de México*  
*Bar Ilan University*

ANIMAN A ESTE ESCRITO TRES propósitos: a) examinar la textura y los componentes cardinales del pensamiento utópico en cuanto construcción metahistórica que a veces consolida y a veces se subleva contra una realidad; b) sugerir las circunstancias y el trasfondo cultural que dirigen, especialmente en el siglo XX, el tránsito de las figuraciones utópicas hacia la derecha política en sus versiones integristas; c) considerar como ejemplo empírico la curiosa desenvoltura de *Gush Emunim* (Los Guardianes de la Fe), corriente activa del sionismo religioso que llega hoy a una exaltación cósmica trascendente y agresiva de valores nacionales selectos.

Trataré de probar al cabo del texto que la reflexión utópica modernizante se aproxima más a un vitalismo efervescente y totalitario que a una nostalgia por la libertad individual. Es un atentado a la privacidad, tendencia *latente* en esa reflexión que desde la Revolución Francesa se ha tornado manifiesta. La persona se vacía de espacio en nombre de una extática existencia.<sup>1</sup>

En el lenguaje de Durkheim diría que esta *derechización* nacionalista —de la que los fascismos europeos constituyen ejemplo sobresaliente— entraña un retorno a la solidaridad mecánica que ciega cualquier vertiente de segmentación y de conflicto apurando la violencia, ya sea como entidad metafísica, ya sea como práctica de “purificación”.

Esta tendencia al encantamiento social, a la magia que llega al poder, es más extendida de lo que se supone generalmente. Asedia a culturas que dicen despreciar a la tecnología a causa

<sup>1</sup> Acaso este elemento falte en la excelente introducción de E. Imaz a *Utopías del Renacimiento*, FCE, México, 1984.

del presunto despojo que efectúa de valores vitales, aunque se sirven de controles tecnológicos para imponerse autoritariamente. Y es más pronunciada en sociedades que rechazan a la democracia occidental como un órgano extraño, ya sea por ineptitud interna, ya sea por el origen imperialista de este régimen trasplantado. El lector ya inferirá de esta sentencia inicial qué países en desarrollo pueden incidir en la derechización de ensueños transhistóricos, independientemente del discurso ideológico público que profesen.

### Ingeniería y visión social

K. Mannheim fue uno de los primeros pensadores que sistematizaron en términos sociológicos el contrapunto entre ideología y utopía.<sup>2</sup> Le interesaba injertar a las tesis de Marx contra Feuerbach las variantes del fascismo que se perfilaban en la Europa de los veinte.<sup>3</sup> También recogió elementos de la praxis freudiana que tomaron vuelo con el *malaise* cultural de la República de Weimar.<sup>4</sup>

En su opinión todas las interpretaciones, en cuanto empeños cognitivos, tienen una "base existencial". Ésta no se ciñe a la clase o a las fuerzas de producción, como Marx sostuvo, sino a una comprensiva estructuración social: la generación, la raza, los grupos de referencia, los intereses ocupacionales y el prestigio. Un quehacer se torna "ideológico" cuando se institucionaliza como poder; y es utopía cuando aún permanece en las esquinas del espacio social o se compromete en la resistencia militante al orden establecido.

En la perspectiva teórica e historiográfica, la epistemología socialmente condicionada de Mannheim abrió cauce a diferentes versiones que oscilaron entre la izquierda y la derecha del espectro político.<sup>5</sup> Pues si la utopía admite cualquier causal-

<sup>2</sup> K. Mannheim, *Ideología y utopía*, FCE, México, 1944, p. 270 ss.

<sup>3</sup> El lector encontrará estas "tesis", en *La ideología alemana*, Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1958, p. 633 ss.

<sup>4</sup> J. Hodara, "Freud y Mannheim: una comparación sistemática", *Revista de Ciencias Políticas*, UNAM, México, 1979.

<sup>5</sup> Véase el paradigma exhaustivo de R. Merton, *Teoría y estructura sociales*, FCE,

dad, puede servir a predicamentos dispares. Al restarle relativismo, Mannheim la convierte en un absoluto político por ese hegeliano “ardid de la astucia” que tan bien conocía.

Para sustraerse a su propia celada epistemológica, él inventa a los intelectuales. Por vocación y por interés éstos serían capaces de captar y transmitir la verdad entera, más allá de presiones sociales parcializadas. Los intelectuales no servirían a ningún absoluto pues su materia es una duda sostenida. La historia habrá de hacer añicos esta proposición.

Como Herzen y los anarquistas, Mannheim tendía a pensar que las utopías poseen una belleza superior: no están contaminadas por la gestión del poder. Cuando cristalizan, se manchan, reiniciándose el ciclo onírico social. En esta dialéctica de inocencia y desencanto yace el hechizo de la utopía.

Al alterar la sustancia del tiempo, del espacio y de la humana causalidad, las construcciones utópicas suelen encender la imaginación y el espíritu combativo de grupos postergados, perplejos o resentidos. La intención ostensible u oculta es contestataria y disolvente del orden,<sup>6</sup> pero ello no implica que la utopía lleva a una liberación total. Puede iniciar un tramo de esclavitud con categorías transhistóricas. La utopía suele cruzarse, en efecto, con una ingeniería totalitaria.<sup>7</sup>

Pienso que al ascender las masas a la tribuna histórica las fantasías utópicas acentuaron este oscuro nexo, pues son susceptibles de materializarse tanto en el humanismo liberador como en la intoxicación brutal. No debe sorprender si ese motivo pendular conduce a un género de “ateísmo ideológico” o a un franco nihilismo que las utopías trataran de doblegar.

Este empalme entre imaginación y arquitectura social ha llamado el entusiasmo de izquierdas y derechas. Pero por razones que abordaré, en estas últimas es hoy pronunciado.

---

México, 1964, p. 458 ss.; y el erudito examen de H. Rollin Patch, *El otro mundo en la literatura medieval*, FCE, México, 1956.

<sup>6</sup> Véanse antologías de las variaciones utópicas, en G. Negley-J. Max Patrick, *The Quest for Utopia: A Reader*, Schuman, Nueva York, 1952; y P. Alexander R. Gill, *Utopias*, Duckworth, Londres, 1984.

<sup>7</sup> Véanse desencantos de las utopías en Ch. Waxman (ed), *The End of Ideology Debate*, Simon and Schuster, Nueva York, 1969.

### Utopías religiosas y utopías antropológicas

A los fines de este trabajo sugiero deslindar entre dos modalidades utópicas. Cada una organiza el sueño colectivo con categorías de tiempo, lugar y causalidad desiguales.

Las utopías *religiosas* reivindican a Dios o a los dioses, muertos y enterrados por algún paganismo tradicional o moderno. La realidad prevaeciente es vil y fea; la atosiga un pecado original que infecta espacios y tiempo. Dios o la Trascendencia todavía presiden a la causalidad de las cosas, pero los hombres cosificados se han rebelado obcecadamente. Alejan la posibilidad de una Justicia en este mundo. Obstruyen la bisagra entre cielo y tierra.<sup>8</sup>

Sin embargo, siempre existe un Elegido (el *Imam*, el *Tzidik*) que libera al hombre de su extravío, que acerca el Tiempo, que cristaliza un Lugar conforme a la Voz. Se recuperan las virtudes perdidas. El impulso antipagano se dirige al porvenir o al pasado: no importa. Importa a esta utopía reabsolutizar al Hombre y a sus atributos, rescatando el *mysterium tremendum* de la Trascendencia. Ya probaré que las derechas contemporáneas son sensibles a esta inclinación re-encantadora, a esta erotización del Absoluto.

Las utopías *antropológicas* pertenecen a “esta tierra” minúscula y con minúsculas. Espacio y tiempo son moradas naturales del hombre histórico; si las causas existen o constituyen meras contingencias o invenciones, tienen sin embargo exclusivo sello humano. Las categorías trascendentales de la utopía se secularizan, aunque suelen retomar subrepticamente el lenguaje religioso. Si se reconoce algún determinismo —como el materialismo histórico o las urgencias de la Raza— se trata de una trayectoria ordenada entre hombres. Probablemente —y para algunas doctrinas, es inevitable— habrá un Nuevo Hombre y una Nueva Historia, pero sin dioses. Serán fruto del paganismo humanista militante, hiperactivo.

El socialismo “precientífico”, los marxismos, los anarquismos y los fascismos suelen revelar caracteres de la utopía an-

<sup>8</sup> Véase Y. Talmon, “The Pursuit of the Millenium”, en B. McLaughlin (ed), *Studies on Social Movements*, The Free Press, Nueva York, 1969.

tropológica. Dios desaparece como hecho y como hipótesis, pero sentimientos divinos se encarnan en el culto a un héroe, en el destino, en la justificación vitalista de la muerte. La teodicea se torna secular y toma la forma de una “confesión” que se hace al compañero comisario o verdugo.

Ciertamente, existen formas mixtas de utopía que conju- gan la fe en Dios y en los hombres. Por ejemplo, la bella pero imprecisa interpretación de Fromm del profetismo judaico tie- ne este rasgo. Dios determina pero el hombre se Le rebela: de esta heroica manera la creación se salva.

También podría especularse si la Teología de la Libera- ción en el contexto latinoamericano no posee trazos utópicos combinados. Dios estará Allí a Su debido Tiempo, pero con los pobres que la explotación capitalista crea y oprime.

Adviértase, en fin, que en estas modalidades los actos de los hombres no son inútiles: auxilian a Dios o a la Historia. El culto a la personalidad, rasgo de comunismos, fascismos y fun- damentalismos religiosos condensa esta dialéctica entre la hu- mana voluntad y la Voluntad divina.

### El caldo de cultivo de las utopías

La utopía representa —ya estará claro— una particular figura- ción que redefine las categorías básicas del encuadramiento hu- mano: tiempo, espacio, causa, finalidad. Tiene origen en un desasosiego radical, en una *anomia*, en una interceptación de valores que parece eterna y desgarrante. La colectividad, la acu- mulación humana estarían en gravísimo peligro; el ego parece descomponerse nauseabundantemente.

En estas condiciones se impone el reino de la fantasía, la fantástica regulación, para evitar el descalabro yoico de indi- viduos y de la sociedad. La utopía puede implicar una “infan- tilización de la cultura”,<sup>9</sup> pero es una regresión psicosocial ansiada.

Representa la utopía una nueva modalidad epistemológica

<sup>9</sup> I. Schiffer, *Charisma*, University of Toronto Press, 1973, p. 7.

y efectiva que se opone a la desdorada realidad, que peca por exceso o por falta. Es la superación del discurso filisteo que traduce datos excesivamente tediosos. La utopía —el no lugar— aspira a un lugar, tiene “todo el tiempo por delante”.<sup>10</sup> Es un alzamiento contra la aburrida frigidéz social, o contra el extravío franco.

Una traumática derrota nacional, una fecha de resonancia esotérica, o un triunfo inesperado, pueden incubar utopías religiosas y antropológicas, dependiendo de actores y circunstancias. El Advenimiento o la Salvación remedian u ofrecen explicaciones. O bien la Ley histórica, esa invención sacra de paganos movimientos contemporáneos.<sup>11</sup>

No en vano se ha vinculado la ciudad —estructura ecológica segmentada— con la búsqueda afanosa del *telos* del significado totalizante y último.<sup>12</sup> La estampida utópica sustituye a las chaturas de la realidad, al sufrimiento supremo por la derrota; o hace racional el triunfo, o punible el pecado. La utopía es una sublevación contra la excesiva temporalidad de los tiempos; es el cultivo jubiloso del misterio; es una forma sublime del vivir sacrificando la existencia.

En suma: frustraciones colectivas acumuladas, consignas demasiado humanas, triunfos que “no son de este mundo”, segmentación tediosa, fractura del ego, peligro de la Raza, pavor a la Conspiración, el alejamiento de Dios y de la ley: éstas son simientes de utopía.

## El rumbo a la derecha

Desde el siglo XVIII europeo<sup>13</sup> se viene configurando una ingeniería utópica transclasista, integrista, que pone énfasis en

<sup>10</sup> Cf. E. Imaz, *op. cit.*, p. 32.

<sup>11</sup> Véase M.J. Lasky, *Utopia and Revolution*, The University of Chicago Press, 1976, p. 603.

<sup>12</sup> L. Mumford, “Utopia and the City of Machine”, en F.E. Manuel (ed), *Utopias and Utopian Thought*, Houghton, Mifflin and Co., Boston, 1966.

<sup>13</sup> Me inspiró en las obras de J. Talmon, comentadas magistralmente en *Totalitarian Democracy and After*, The Israel Academy of Sciences and Humanistics, Jerusalén, 1984.

la “organicidad”, en el “espíritu” como entelequia socialmente erótica. Tal propensión no se opone a la violencia “contra los otros”, con el conflicto total.

He aquí un *primer* origen de la derechización. *Otro*: el encespamiento del socialismo (en sus versiones) y de las masas ha gestado una retórica excesivamente trivial, populista, casi pagana. El sufragio universal —tan odiado por el ibseniano “enemigo del pueblo”— legitima esta vulgaridad. Los bárbaros no han conquistado a las ciudades, pero la barbarie se ha enseñoreado de ellos. Y para colmo, Dios ha sido asesinado: la izquierda no sabe qué hacer con Su cadáver.

El *tercero*: la tecnología ha fragmentado excesivamente los mercados; ha creado fronteras resistentes al calor humano; ha secretado desperdicios y ha roto con los valores. La alienación es hija de este presunto avance que ha fracturado el cuerpo social. Las izquierdas han propuesto formas para legitimar esta rotura, para incentivar la lucha insensata, casi idólatra. Pero el nacionalismo integrista ofrece una salida; une a los estratos con una doctrina común, atenúa a las fuerzas centrifugales de la tecnología, presenta un futuro mancomunado que sublima a la unidad y a la lucha indispensable.

*Cuarto*: Las izquierdas han glorificado el crecimiento, los agregados económicos, el Estado vanamente benefactor o despótico, el odio dentro de la Nación. Las derechas no pueden tolerar este despilfarro de sentimientos, esta ausencia de básica solidaridad y de hondo significado. Hay que aprovechar a la civilización industrial para incubar la nueva Cultura, para abrir caminos de retorno a Dios, para borrar Su eclipse.

*Quinto*: Las izquierdas son variaciones de una occidentalización protestante que glorifica al individuo a expensas del organismo social. Este ingreso subrepticio de Occidente con máscara y mascaradas izquierdizantes lesiona la identidad nacional de países que viven esa cultura como imperialismo y dominación. En el otro extremo, la izquierda se prepara a traicionar a Occidente, que ha sido su cuna y su campo de fuerza. Por lo tanto, la derecha de los países industriales debe “salvar” a Occidente mediante un fundamentalismo que vuelve a los Padres Fundadores; y la de los países periféricos, especialmente aquellos de vigorosa cultura no occidental, deben

resistir a una izquierda coludida con el invasor, con el intruso, con el Otro metafísico.

*Sexto:* Las izquierdas pretenden sustituir esa sustancia primaria llamada etnia —que fue minoría activa e identificable en todos los países de la Europa romántica— por la clase. De esta forma la empobrecen, la ponen en un brete inmenso. A la etnia debe seguir la Nación y la nacionalidad como puntos primordiales de pertenencia y de referencia. Así se la engrandece. Y sólo la derecha puede dispensarle atendible destino.

Estos seis motivos de la derechización de las utopías no agotan ni la reflexión ni el inventario posibles. Son hipótesis de trabajo en suma y a lo sumo. Preparan el terreno para esa forma particular, teológica, integrista y violenta de quiliasmo agrarista que es, en mi opinión, *Gush Emunim*.

### Los pecados inocentes de Ben Gurión

Como movimiento de liberación nacional, el sionismo tiene expresiones laicas y religiosas.<sup>14</sup> No me detendré en pormenorizarlos. Me interesa un punto: de qué manera Ben Gurión, primer líder carismático de la Israel moderna (1948), se encuentra en el umbral de los dos senderos utópicos que se bifurcan. Su mesianismo es profano y teológico a la vez; practicó una ambigüedad con metáforas y medidas que allanó el camino, por interjuego dialéctico, a una agrupación a la cual hoy impugnaría con su fuerza singular. Pero le abrió objetivamente el paso. *Fue un pecado inocente.*<sup>15</sup>

Ben Gurión aceptó la cultura política de Occidente (especialmente británica) sin rechazar los ritos del culto a la personalidad. Internalizó un *ethos* laico (influencias de H. Laski) sobre el Estado, pero también tendió a glorificarlo desmesuradamente hasta cortejar un fascismo benevolente, pero mucho más noble que los regímenes que, desde 1948, se levantaron en varios países de Asia y África. Se rebeló contra la religión

<sup>14</sup> Véase Sh. Avineri, *Las variedades de la idea sionista*, Ed. Semana, Jerusalén, 1984.

<sup>15</sup> Véanse los artículos de I. Kolatt y A. Shapira, en J. Talmon, *op. cit.*



rabínica de sus padres, mas preservó elementos de una nostalgia mística que tuvo expresión en metáforas bíblicas y en un panteísmo spinocista.

En su praxis, Ben Gurión reveló características y dio pasos que con el tiempo abrieron camino, como dije, al fundamentalismo de Gush Emunim.<sup>16</sup> *Primero*, trató de preservar el consenso y la legitimidad judaica de su gobierno mediante concesiones a lo que entonces era una minoría religiosa pasiva y desarticulada. Por ejemplo, se negó a incluir el nombre explícito de dios en la Declaración de la Independencia pero aceptó una componenda: “Roca de Israel” que, para los religiosos, equivalía al Sagrado Nombre. Además, ordenó que en el ejército israelí —que siempre tuvo carácter de milicia popular bien equipada— se preservasen las reglas dietéticas (*kashrut*) con el fin de no atagonizar a los círculos tradicionalistas.

*Segundo*, Ben Gurión permitió que las hijas de religiosos no sirvieran regularmente en el ejército. Entonces se decía que el estilo militar contrariaba a la “castidad” de esas jóvenes. En su deseo firme de mantener el acuerdo colectivo, él no percibió que este gesto representaba un agravio a la inmensa mayoría de padres, pues parecía que enviaban a sus hijos no sólo a sacrificarse sino a “prostituirse” en la convivencia castrense.

Es más, este acto —bueno para sus fines al principio— condujo a que un sector importante de la población se disociara de una vivencia cardinal del país. Con el tiempo parte de estas jóvenes recibirían una educación antidemocrática, totalmente extraña al ejército que jamás conocieron.

*Tercero*, Ben Gurión estimuló el ingreso a su gobierno de pequeños partidos religiosos que con los años se transformaron en poderosos grupos de presión y de interés. El sistema de coalición peculiar a Israel allanó la vía de estos partidos. En ocasiones, determinaron cursos de política sin relación con su fuerza real.

*Cuarto*, Ben Gurión y sus seguidores adoptaron actitudes suspicaces respecto al *goy*, al no judío, debido al trauma que implicó el Holocausto para la conciencia histórica israelí. Nun-

<sup>16</sup> Algunos antecedentes traje en mi ensayo “Israel: una democracia en aprietos”, *Estudios de Asia y África*, XIX, 4, 1984. Ahora añado temas pertinentes al tema.

ca jamás el judío se había sentido perseguido por tantos y ayudado por tan pocos como en la época nazi. Como sedimento quedó esta suspicacia; caló hondo la idea de que Israel está solo en este mundo y que sólo puede apoyarse en sus recursos.

Este concepto fue exagerado por Beguin hasta convertirlo en una relación paranoica ante el entorno internacional. El asunto se agravó, con figuraciones perversas, cuando Beguin convirtió al mundo árabe en un “heredero” de la intoxicación antisemita alemana de los treinta.<sup>17</sup>

Finalmente, Ben Gurión aplazó la resolución de problemas que recorren como un fantasma a la Israel de hoy. Uno es la definición: “¿quién es judío?” Interrogante cándido pero preñado de componentes teológicos y políticos. Incluso un juez israelí eminente considera a la respuesta clásica —“judío es toda persona nacida de madre judía”— una aberración ideológica e histórica.<sup>18</sup>

La suma de estos yerros —ésta es mi tesis— propició un entorno doctrinario y práctico al fundamentalismo militarizado de Gush Emunim. Insisto en que la secuencia fue estructural; Ben Gurión no abrigó en modo alguno este resultado; pero la historia tiene su propia lógica que no solicita informe a los actores en turno.

### Los orígenes de un quiliasmo agrarista y militarizado

Las fuentes de la tradición judía no poseen una cultura política única, homogénea o cristalina. Encierran una pluralidad de arquetipos que se rinde dócilmente a interpretaciones contrapuestas. De aquí que el mesianismo político dirigido a materializar una utopía nacionalista “aquí y ahora” sea una tendencia que de ningún modo representa —ni meros agota— las variedades de la experiencia judaica.

Este aserto se puede aplicar al sionismo si bien, en la ver-

<sup>17</sup> Véase mi ensayo “Beguinismo: ¿última etapa del sionismo?”, *Vuelta*, octubre, 1982.

<sup>18</sup> Haim Cohen, “¿Mihu Jehudi?”, *Secular Humanistic Judaism*, 1 de junio de 1985 (hebreo).

sión israelí —desde 1948— reviste caracteres de un pluralismo político inconfundible.

El historiador Uriel Tal distinguió con claridad en la cultura política israelí una propensión mesiánica y otra de sobriedad doctrinaria.<sup>19</sup> La primera subraya el carácter sagrado de la Tierra de Israel (*Eretz Najalá*), ofrecida y vigilada por la Divinidad. En esta perspectiva, el triunfo imprevisible de Israel de 1967 es un testimonio de este carácter. No sólo las tierras conquistadas no se pueden retornar sin agraviar a Dios, sino que el sionismo entraña la redención cósmica del judío. Hay que interpretar todo percance como un paso más hacia la santificación trascendente.

Uriel Tal vislumbra en este grupo a un círculo de “minimalistas” (*Oz Veshalom*) para quienes una conquista territorial no sólo desagrada a Dios por sus efectos sociales degradantes sino que alejan la idea misma de la redención (*gueulá*). Es más, este círculo acepta componendas “para preservar la paz”, como Abraham lo hiciera con Lot. No comparten la radicalidad a ultranza del mesianismo.

La segunda tradición elude cualquier apelación extrahumana y se guía por una racionalidad pragmática que fue típica de las vertientes más caudalosas del sionismo.

Como quiera que sea, la victoria militar de 1967 y la reunificación de Jerusalén dieron pábulo a un nuevo movimiento de colonización agraria en las zonas conquistadas. Se llamó Guardianes de la Fe para indicar la teologización que pretendía hacer de Judea y Samaría (Cisjordania). La propia nomenclatura denotaba las intenciones: hay que habitar la Heredad tratando respetuosamente a los ocupantes tradicionales. Respeto restringido por cierto, pues son “residentes” (*Guer Toshav*) que moran en la Tierra Santa mas no pertenecen a ella.

En el inicio (era entonces Itzjak Rabin Primer Ministro), los fervorosos partidarios de Gush Emunim no ocultaron la voluntad de tomar y trabajar las nuevas tierras de una manera lenta pero persistente, como enseña —según ellos— el Deuteronomio. Estas acciones no pueden reconocer constricciones establecidas por algún código civil o por el derecho interna-

<sup>19</sup> Cf. su artículo, en J. Talmon, *op cit.*

cional, simplemente porque responden a la Fuente Suprema. El origen de la legalidad no es de este mundo. Hay que abrir “nuevos cielos” a la “tierra nueva”.

Este movimiento creció porque los gobiernos pre-beguinistas no percibieron su dinámica ni su alcance. Además, la continuidad de la hostilidad árabe le ayudó: no hay lugar para la tregua: no la quieren. *Gush Emunim* toma impulso desde Beguin, que, en mi opinión, es un religioso fracasado; quisiera mantener las tradiciones mas es irremediabilmente laico. Su gobierno proporciona recursos a Los Guardianes y un “paraguas de seguridad” militar a la colonización.

Sin embargo, el éxito de este movimiento fue discreto. Jamás llamó la atención de las masas aunque parecía traducir inclinaciones del inconsciente colectivo israelí, fatigado por el hostigamiento permanente árabe.

### La utopía religiosa: contenido y perspectivas

*Gush Emunim* porta una utopía que definí como religiosa: tiempo, espacio y causalidad son categorías trascendentes. Sin embargo, sería un gravísimo error confundir este movimiento con el sionismo religioso no determinista que de ninguna manera acepta que Dios sea el Supremo Comisario del flujo histórico. También es un extravío confundirlo ya sea con la ortodoxia *antisionista* jerosolimitana (*Naturei Karta*), ya sea con el radicalismo delirante del Rabino Kahana que exige la expulsión inmediata de los árabes de Israel.

*Gush Emunim* es sionista, desea la reconstrucción de Israel en su tierra y en su idioma; mas profesa un determinismo divino que deja lugar a la acción humana como “facilitadora” o como obstáculo temporal a Su Voluntad. Y por cierto, impugna la estrategia de Kahana por estimarla lesiva a los derechos humanos de los árabes y —de manera principal— porque es una justificación retrospectiva del Holocausto. Si todo está sujeto a la fuerza —como dice Kahana— entonces los alemanes actuaron “con justicia” al mostrar su puño fatídico contra los judíos.

*Gush Emunim* adopta un sincretismo peculiar. El Estado

de Israel inicia un proceso mesiánico; su historia lleva infaliblemente a la redención; la colonización con fusil y arado es una etapa hacia el éxtasis final; y el tramo quiliástico no se limita a Israel: habrá solución para el mundo entero (*Tikún olam*).

De aquí que los Guardianes de la Fe sirvan celosamente en el ejército (el ministerio de las hijas es voluntario). El camino hacia Dios encara enemigos: hay que prepararse en correspondencia. Cuando el gobierno tiene actitudes consideradas “blandas” o tolerantes por Los Guardianes, éstos se organizan abierta o subrepticamente para defenderse o golpear con dureza. Y si este maximalismo trascendente lastima a la democracia, peor para ella. Después de todo la democracia es una invención de hombres, no de Dios.<sup>20</sup>

La organización de una parte de Los Guardianes como unidad subterránea (*Terror vs. Terror*) fue recibida con sorpresa por el público israelí. No sólo la demencia mesiánica de este grupo salió en descubierto sino que fue claro que representaba un reto atendible a la validez de las leyes y al régimen democrático. La opinión pública lúcida así lo entendió de inmediato, y abominó de esta utopía que podría acarrear un desastre apocalíptico a Israel.

La controversia continúa hasta la fecha, y por infortunio Los Guardianes de la Fe gozan de apoyo a pesar de su escasa gravitación cuantitativa. No tienen a Dios sino a la hiperinflación y a la hostilidad árabe en su favor.<sup>21</sup>

Si el frágil gobierno Peres-Shamir cae o se debilita, Gush Emunim podría constituir la bisagra de un bloque de derecha haciendo concesiones tácticas, primero, a los grupos laicos del *Tejía* dirigidos por Neeman y Eytán y a los religiosos moderados, y luego, tomaría control, merced a su impulso utópico e integrista que no sabe ni puede reconocer componendas. Kahana —o algún sucesor algo más astuto— estará en la sombra.

<sup>20</sup> Compárese con las ideas de Jomeini, en s. Bakhash, “The Revolution against Itself”, *The New York Times Review of Books*, 18 de noviembre de 1982.

<sup>21</sup> Contemplé este tema en “Israel...” *op. cit.*

### Coda

Véase, en suma, esta dialéctica: en un primer momento la utopía colma un vacío existencial y colectivo; en el segundo, agrede y dobliga a rivales que tienen un estatuto transhistórico, metafísico en la figuración utópica; al cabo concluye con toda libertad y traiciona a su propio nombre. Porque en términos teológicos —estoy persuadido— la utopía fundamentalista es un agravio a Dios; intelectualmente, es una mutilación epistemológica; y socialmente, es la rotura totalitaria de la persona y de su inexpropiable privacidad.